

La Odisea

de Homero

Adaptación ilustrada para jóvenes lectores
por
Frances Bianchi & Mara Seronda



La Odisea de Homero

Versión adaptada e ilustrada del épico viaje de Ulises para jóvenes lectores

Adaptación literaria: Frances Bianchi

Ilustraciones: Mara Seronda

© 2026 Ollada de Tinta

Todos los derechos reservados.

Esta obra es una adaptación literaria e ilustrada de La Odisea de Homero. La presente edición incorpora una adaptación original del texto y nuevas ilustraciones, protegidas por los derechos de propiedad intelectual de sus respectivos autores.

Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación, total o parcial, de esta edición, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos, salvo en los casos expresamente permitidos por la ley.

Esta edición no está afiliada ni asociada con otras editoriales, traducciones o adaptaciones de La Odisea.

ISBN: 9791399178913

Depósito Legal: C 1440-2026

Primera edición: septiembre de 2025

Revisada en septiembre de 2026

Editado y maquetado en España

Preámbulo – Ulises y la guerra de Troya	5
Capítulo 1 – El regalo	9
Capítulo 2 – El saqueo	15
Capítulo 3 – Las flores del olvido	21
Capítulo 4 – Polifemo	27
Capítulo 5 – Los vientos traicioneros	33
Capítulo 6 – Los lestrigones	39
Capítulo 7 – Circe	45
Capítulo 8 – El reino de los muertos	53
Capítulo 9 – Las Sirenas	63
Capítulo 10 – Difícil decisión	71
Capítulo 11 – La isla del Sol	77
Capítulo 12 – El viaje de Telémaco	83
Capítulo 13 – La ninfa Calipso	89
Capítulo 14 – Los Feacios	95
Capítulo 15 – Ítaca	101
Capítulo 16 – El regreso del rey	107
Epílogo	117
Agradecimientos	121



Preámbulo – Ulises y la guerra de Troya

Hace muchos años, cuando los dioses aún caminaban entre los hombres y el mar escondía monstruos en sus profundidades, vivía un rey llamado Ulises.

Gobernaba una pequeña isla llamada Ítaca, con montañas verdes, playas doradas y un puerto seguro.

Allí, su esposa Penélope hilaba junto al fuego y su hijo Telémaco crecía soñando con ver regresar a su padre.

Pero Ulises estaba lejos. Acampaba frente a los muros de Troya, una ciudad tan orgullosa y fuerte que ningún ejército había logrado someter. Noche tras noche, durante diez largos años de guerra, miraba al horizonte mientras el humo y los lamentos llenaban el aire. Su corazón estaba en Ítaca, pero sabía que no podía regresar sin la victoria.

Ulises no era el guerrero más poderoso ni el más veloz. Su verdadera arma era la astucia: donde otros solo veían muros, él buscaba puertas. Y en aquellas llanuras polvorientas, rodeado de soldados cansados, empezó a imaginar un plan que lo cambiaría todo.

Mientras tanto, en Ítaca, los salones del palacio estaban ocupados por hombres ambiciosos que pretendían casarse con Penélope y adueñarse del trono de Ulises. Bebían su vino y devoraban su ganado, convencidos de que el rey jamás regresaría.

Penélope, sin embargo, no se rendía. Cada día se sentaba ante el telar y avanzaba en un tapiz que decía tejer en honor de Laertes, el anciano padre de Ulises. Había jurado que, cuando lo terminara, elegiría esposo entre los pretendientes.

Pero cada noche, en secreto, deshacía lo tejido durante el día. Así pasaban los meses, y el tapiz nunca avanzaba. Con aquel engaño ganaba tiempo y mantenía viva la esperanza del regreso de su verdadero marido.

Telémaco, demasiado joven todavía, se asomaba a la orilla del mar. Soñaba con ver aparecer una vela en el horizonte, con reconocer a su padre descendiendo de la nave. Pero solo respondían las olas, implacables y vacías.

Los dioses, siempre curiosos, observaban desde el Olimpo, esperando mover sus hilos y manejar el destino de Ulises.

La historia comienza aquí: con un rey que añoraba a su familia y que afrontará las pruebas más duras en su viaje de regreso a casa.



Capítulo 1 – El regalo

Ulises llevaba días sin dormir. Desde su tienda oía las burlas de los troyanos desde lo alto de sus murallas. Cada palabra era como un recordatorio de la distancia que lo separaba de Ítaca. Aquella mañana, en medio del campamento silencioso, se detuvo de pronto y dijo:

—Ya sé cómo ganaremos.

Los hombres lo miraron en silencio. Cada vez que Ulises hablaba con esa seguridad, sabían que algo inesperado estaba a punto de ocurrir.

—Construiremos un caballo —anunció.

Un murmullo recorrió el campamento.

—¿Un caballo para el combate? —saltó Antífo, siempre impaciente, con la espada apoyada en la rodilla.

—¿O para pasearnos en él? —rió Perímedes, el que nunca perdía ocasión de bromear.

Euríloco, con la mirada desconfiada, murmuró:

—Esto huele a otra de tus ideas imposibles...



El joven Anténor, que aún hablaba con timidez, no se atrevió a añadir nada: solo acarició la empuñadura de su lanza como si buscara valor en ella.

Ulises mantuvo la calma y relató su plan:

—Será un regalo. Un caballo de madera tan grande como una casa, hueco por dentro, con espacio para esconder a los mejores guerreros.

Los troyanos lo meterán en su ciudad voluntariamente, ya lo veréis.

Durante días no cesaron los martillazos ni los serruchos. El caballo creció, y pronto su sombra cubría la llanura. Desde las murallas, los troyanos lo miraban desconcertados sin entender nada.

Al terminar, Ulises eligió a sus compañeros y, en la oscuridad, entraron en silencio.

—Respirad despacio... ni un ruido —susurró.

Al amanecer, decenas de barcos se perdían en el horizonte, alejándose lentamente. No quedaba nadie en el campamento desde el que, durante tanto tiempo, los griegos habían sitiado Troya.

—¡Victoria, se han rendido! —gritaron los troyanos.

Pero algo llamaba todavía más la atención: la enorme figura con forma de caballo que dominaba la playa.

Algunos hombres comenzaron a discutir sobre qué sería.

—Es una ofrenda —dijo uno—. Los griegos acostumbran a dejarlas para que los dioses sean favorables en su viaje de vuelta.

—Acerquémonos para verlo mejor —propuso otro.

No todos estaban tan seguros. Un anciano llamado Laocoonte les advirtió:

—¡Desconfiad! Los griegos siempre esconden algo.

Nadie le hizo caso. Entusiasmados ante el fin de la guerra, arrastraron el caballo hasta el interior de la ciudad.

—¡Será nuestro trofeo de guerra! ¡Quedará para siempre en la plaza central como recuerdo de nuestra victoria!

Ese día todo fueron risas, abrazos y alegría. La música corría por las calles como si nada pudiera romper la celebración.

Dentro del caballo, el aire era espeso. Nadie hablaba. Nadie se movía. Ulises contaba las respiraciones como si fueran pasos hacia casa. El tiempo dejó de avanzar. Podían pasar minutos... horas... Pensó en el mar, en la espuma golpeando las rocas de Ítaca, en un hogar que empezaba a parecerle un sueño antiguo.

Cuando la noche cayó del todo, los sonidos se apagaron. Primero la música. Luego las voces. Al final, cuando solo se escuchaba el viento, un leve crujido rompió el silencio.

Una pequeña trampa se abrió y, uno a uno, los guerreros descendieron del caballo con el rostro cubierto de hollín para no brillar bajo la luna.

Nadie habló. Nadie dudó.

Avanzaron cautelosamente hacia las puertas y las abrieron.

A una señal de Ulises todo el ejército griego, que había regresado en silencio, irrumpió en Troya arrasando todo a su paso.

Y así al fin, la ciudad cayó.

Ulises, en medio del caos, alzó la vista a las estrellas. Durante un instante, le pareció reconocer en ellas el camino de vuelta a casa.

“Pronto volveré a Ítaca”, se prometió.

Entonces, entre las ruinas, un anciano troyano se irguió entre el polvo y la ceniza y lo señaló con el dedo.

—Los dioses no olvidarán esta ofensa, Ulises. El mar te pondrá a prueba, y cada ola será un obstáculo en tu regreso.



Capítulo 2 – El saqueo

El viento llevó la flota de Ulises lejos de Troya durante días interminables, empujándolos sin descanso por un mar abierto que parecía no tener fin.

Cuando al fin divisaron tierra, el alivio recorrió los barcos como un suspiro compartido. Ante ellos se alzaba Ismaro, ciudad de los ciconios. Desde la cubierta distinguieron casas blancas escalonadas en la colina, trigales dorados meciéndose al viento y viñas que brillaban al sol como promesas de abundancia.

A bordo ya no quedaba nada. Los barriles de agua olían a podrido y la comida se había acabado hacía días. Los hombres mascaban trozos de cuero seco o miraban el horizonte con la boca pastosa y el estómago vacío. Algunos apenas podían mantenerse en pie.

—Aquí podremos llenar las bodegas —dijo Perímedes, con los ojos encendidos de ilusión.

Ulises asintió, aunque una sombra de cautela le cruzó el pensamiento. Aun así, desembarcó con Euríloco y Antífo para negociar. Llevaban regalos: telas, armas finamente trabajadas, recuerdos del botín de Troya. Se acercaron a las puertas de la ciudad con las manos abiertas.



Los guardias ni siquiera los dejaron presentarse.

—No queremos tratos con forasteros —escupieron.

De vuelta en la playa, Ulises reunió a sus hombres. Sus rostros eran hueso y sombra.

—Si no conseguimos comida, moriremos en el mar —dijo con voz firme, aunque por dentro lo atormentaba la duda—. Tomaremos lo que necesitemos.

Cegados aún por la victoria en Troya, los marineros se lanzaron contra la ciudad. Robaron grano, vino, ovejas y cofres de oro.

—¡Marchémonos ya! —insistió Ulises, con un temblor oculto en la garganta.

Pero en la playa estallaron hogueras y risas. Uno tocaba la flauta, otro bailaba con un ánfora de vino en brazos. El aire olía a humo y a vino derramado. Entonces, un cuerno de guerra resonó en la distancia. Otro respondió desde la colina.

—¡Tomad las armas! —gritó Ulises.

Los ciconios descendían en oleadas: hombres armados con lanzas, carros de guerra avanzando a toda velocidad, escudos relucientes bajo el sol. El choque fue brutal. Hierro contra hierro. El barro mezclado con sangre y vino. Gritos ahogados bajo los cascos de los caballos. Una flecha silbó, rozándole la oreja.

Ulises abrió paso a espadazos, arrastrando a los suyos hacia la orilla, empujándolos, gritándoles, golpeándolos si hacía falta.

—¡A los barcos! —ordenó, entre la rabia y el miedo.

Cuando por fin el viento infló las velas, varios hombres se habían perdido por cada barco. Nadie cantó esa noche. El silencio pesaba más que las olas del mar.

Ulises permaneció en la proa, mordiéndose los labios. Sabía que el mar sería más cruel que cualquier enemigo. Y, aun así, sentía la culpa ardiendo como una herida abierta por cada vida perdida en Ismaro.



Capítulo 3 – Las flores del olvido

Durante varios días, el mar se volvió contra ellos como un enemigo obstinado. El viento rugía sin descanso, golpeando las velas y empujando la nave de un lado a otro, y las olas se alzaban como murallas que amenazaban con tragárselos. El cielo permanecía cerrado, espeso, sin un resquicio de luz. No había sol de día ni estrellas de noche.

Ulises, que tantas veces había confiado en los astros para guiarse, sentía ahora que navegaban en un vacío sin señales, a merced de una furia ciega que no parecía tener fin.

Los hombres estaban exhaustos. Dormían poco, comían lo justo y hablaban cada vez menos. Cada jornada parecía idéntica a la anterior, como si el tiempo hubiera quedado atrapado en la tormenta. Algunos murmuraban oraciones; otros miraban al mar con los ojos vacíos, esperando que todo terminara, de un modo u otro.

Cuando al fin la tormenta se apagó, lo hizo de golpe. El viento cesó como si alguien hubiera cerrado una puerta invisible, y el mar se calmó de repente, tan liso que parecía haber olvidado su propia furia.

El aire se volvió suave y tibio.



A lo lejos apareció una costa que parecía salida de un sueño: la arena brillaba como polvo dorado y, sobre ella, crecían arbustos cargados de flores blancas y azules cuyo perfume impregnaba el aire.

Los marineros respiraron hondo. El olor era dulce, envolvente, y con cada aliento sentían cómo el cansancio se aflojaba en sus cuerpos, como si alguien les hubiera quitado un peso de encima. Por primera vez en días, algunos sonrieron.

—Un descanso no nos hará mal —sugirió Perímedes, con voz cansada.

El joven Anténor susurró con un hilo de voz:

—¿Y si nos quedamos atrapados aquí también?

Ulises envió a Euríloco, Antífo y otro marinero a explorar la isla.

Pasaron las horas y no regresaron.

La preocupación empezó a extenderse entre los hombres como una sombra. Ulises decidió bajar con algunos más. Los encontraron bajo unos árboles de hojas anchas, riendo sin preocupación junto a hombres y mujeres de mirada serena. Nadie parecía tener prisa. Nadie parecía recordar nada importante. Y en sus manos sostenían un fruto dorado que brillaba al sol.

—Pruébalo, Ulises —dijo Euríloco, con ojos entornados—. Te hará olvidar las penas.

—Quédate. Aquí no hay tormentas ni guerras —añadió Antífo, casi dormido.

Parecían no recordar el nombre de Ítaca. El loto no solo era dulce: borraba el deseo de volver a casa.

—¡Al barco, ahora! —ordenó.

Pero nadie se movió. Uno se dejó caer en la hierba, como si el suelo fuera demasiado cómodo para abandonarlo. Otro intentó correr de nuevo hacia la orilla, atraído por las flores y su perfume.

Ulises los arrastró a la fuerza, ayudado por quienes aún resistían al hechizo. Ataron a los desobedientes en la cubierta para impedir que saltaran al mar y regresaran nadando a la isla. Desde la playa, los lotófagos los despidieron en calma, como si supieran que tarde o temprano volverían.

El aroma de las flores aún flotaba en el aire cuando Ulises fijó la vista en el horizonte. Por un instante, la imagen de Penélope y Telémaco se desdibujó como un sueño que podía desvanecerse para siempre.

Se aferró al timón con fuerza, comprendiendo que estaban perdidos, sin rumbo ni certezas, navegando hacia un destino que solo los dioses conocían.



Capítulo 4 – Polifemo

Navegaban sin rumbo fijo, recostándose en costas áridas o en pequeñas calas donde encontraban apenas un poco de agua salobre y raíces duras que, difícilmente, calmaban el hambre. Los hombres estaban exhaustos; cada vez que desembarcaban con la ilusión de hallar provisiones, regresaban con las manos vacías y el corazón más pesado.

Ulises observaba en silencio, consciente de que el mar no solo los probaba con tormentas, sino también con la lenta desesperanza del vacío.

Un día desembarcaron a los pies de una colina cubierta de hierba. La brisa traía un olor a leche fresca. No tardaron en hallar una cueva repleta de quesos apilados, cuencos de leche y pieles de oveja colgadas.

—Quien viva aquí cuida bien a sus animales —observó Perímedes, con hambre en los ojos.

—Y come mejor que nosotros —añadió Antífo, ya estirando la mano hacia un queso.

Euríloco, siempre prudente, siseó:

—Esto no me gusta. Si tiene tanto, no querrá compartirlo.

Anténor tragó saliva, encogiéndose de hombros:

—Quizá... quizá solo sea un pastor...

De pronto, un estruendo sacudió el suelo. La entrada quedó cubierta por una sombra gigantesca. Un ser enorme apareció, con un solo ojo en la frente y manos tan grandes que podían aplastar a un hombre como si fuera barro.

—Soy el cíclope Polifemo, hijo de Poseidón. ¿Qué hacéis en mi cueva? —tronó, su voz como un trueno entre las rocas.

Ulises dio un paso al frente, forzando la calma en su voz.

—Somos viajeros que solo buscan descanso.

El cíclope rodó una roca descomunal y cerró la salida.

—Hoy ya he comido. Mañana, vosotros seréis mi cena —dijo entre carcajadas tan profundas que helaron el corazón de los marineros.

Al amanecer, Polifemo salió con sus ovejas para que pastaran como hacía siempre. Dentro, los hombres temblaban. Ulises los reunió en silencio.

—Esa roca no podemos moverla. Solo podremos salir cuando él la abra de nuevo. —Miró a cada uno de sus hombres, dejando que el miedo calmara—. Y si queremos tener una oportunidad, debemos impedir que pueda vernos.

Ulises tomó un odre de vino y lo alzó.

—Con esto. Le añadiremos miel y se lo ofreceremos. No habrá probado nada igual. Beberá hasta caer dormido. Entonces afilaremos una estaca en el fuego... y se la clavaremos en el ojo.

Al caer la tarde, Polifemo regresó. Ulises, adelantándose, habló con respeto fingido:

—Gran Polifemo, tenemos un regalo para ti. Un vino que no probarás en ninguna otra isla.

El cíclope tomó un sorbo.

—Está delicioso... dame más —ordenó.

Un trago, luego otro... y otro más. Sus párpados se fueron cerrando, su voz se volvió lenta.

—¿Cómo te llamas, forastero?

—Me llamo Nadie —respondió Ulises, ocultando con cuidado su verdadero nombre.

—Eres buen invitado, Nadie... Como recompensa... te comeré el último —murmuró Polifemo, antes de caer rendido.

Los hombres calentaron la estaca en el fuego hasta que el extremo brilló. Ulises la sostuvo firme y, con una señal rápida, todos empujaron a la vez. El grito del cíclope hizo temblar la isla.

—¡Mi ojo! ¡No veo! ¡Estoy ciego! —rugió, cubriéndose la herida con sus manos gigantes.

Los pasos de otros cíclopes resonaron fuera, acercándose.

—¿Qué pasa, hermano? —preguntó uno desde la entrada.



—¡Nadie me ataca! ¡Nadie me ha herido! —gritó Polifemo, de rodillas, sollozando entre gemidos.

Un silencio breve. Luego, risas profundas.

—Si nadie te ataca, será una pesadilla. Duérmete y deja de gritar —respondieron, antes de alejarse.

La noche fue interminable. Polifemo, ciego y furioso, recorría la cueva tanteando con las manos, intentando atrapar a alguno de ellos. Cada vez que pasaba cerca, los hombres contenían la respiración, hasta que por fin cayó rendido por el dolor y el cansancio.

Al amanecer, el balido de las ovejas deseosas de salir despertó al cíclope. Empujó la roca pero con una mano, palpaba el lomo de cada animal que cruzaba la entrada, queriendo evitar la huida de sus cautivos. No sospechó que, bajo la lana espesa de los carneros más grandes, iban sujetos los griegos, escondidos entre el vellón.

La última oveja salió. Todos habían escapado al fin. Corrieron hacia la costa sin mirar atrás, soltaron amarras y embarcaron. Solo entonces Ulises se permitió respirar con alivio.

Desde la cubierta, y a pesar del peligro, gritó con orgullo:

—¡Dile a tu padre Poseidón que fue Ulises de Ítaca quien te dejó así!

El rugido de Polifemo resonó por toda la isla y el mar se agitó, golpeando los cascos de la nave mientras un escalofrío recorría a cada hombre. En las profundidades, alguien terriblemente poderoso había escuchado su nombre.

Visita www.olladadetinta.es/en/resources o escanea este código QR para acceder a información y recursos educativos de este y otros libros de Ollada de Tinta.

